

CARTA DEL EMMO. SEÑOR CARDENAL L. BILLOT, S. J., AL R. P. MATEO CRAWLEY-BOEVEY, SOBRE LA ENTRONIZACIÓN

Roma, 26 de abril de 1915.

Muy reverencio Padre:

I. EL TÍTULO

La palabra de recomendación que pedís para la Obra llamada de la «**Entronización del Sagrado Corazón de Jesús en los hogares**», y que yo hubiera dado en toda confianza con sólo conocer tan hermoso título, os la doy ahora con entusiasmo después de adquirir, merced a los documentos que me habéis suministrado, más amplio conocimiento del objeto de la Obra, de su fin, de sus condiciones, de sus orígenes y de los resultados ya conseguidos.

II. LA OBRA

Lo que el título anunciaba, la Obra lo realiza y desde luego se ve hasta la evidencia que no se trata en manera alguna de una nueva devoción que por su misma novedad parece sospechosa: ni menos aún de una deformación o modificación injerida en una devoción antigua, con detrimento de la forma auténtica consagrada por la Iglesia. No, de ninguna manera, *sino que es la pura, la simple, la genuina devoción al Sagrado Corazón, tal como nos ha sido transmitida en las revelaciones de Santa Margarita María, tal como la ha sancionado la Iglesia con su autoridad suprema, sin una tilde mas ni un dpice menos, la que la Obra se propone implantar en el hogar doméstico.* Porque ¿de qué se trata, efectivamente? De entronizar, o sea de colocar en el lugar de honor de la casa la imagen del Sagrado Corazón, en reconocimiento del soberano derecho de Jesús sobre toda la familia y sobre cada uno de sus miembros; rezar cada noche, ante esa imagen, la oración común, renovando por voz del padre o de la madre su consagración primera: de ser fiel a la Comunión, y, en lo posible, a la Hora Santa de los viernes primeros de mes; inspirarse en las enseñanzas y ejemplos del Divino Corazón, y acudir a esta fuente de todas las gracias, tanto en las alegrías como en los duelos de la familia, en los días buenos y

en los malos, en las penas, en los con contratiempos, en las separaciones, en las lágrimas que se vierten sobre las tumbas, así como en las sonrisas que florecen sobre las cunas, y, en una palabra, tanto en las dificultades de la vida corriente como en los accidentes que vienen a interrumpir su curso normal y regular.

Pues, bien, ¿qué hay en todo esto que no se encuentre comprendido en la devoción al Sagrado Corazón usada por la Iglesia? Todo se reduce pura y simplemente a hacerla penetrar en la vida de familia, de modo que tenga en ella el lugar que le corresponde, y que sea, no una devoción muerta, sino una devoción operante y activa, animando con su dulce y vivificante calor las almas todas del hogar: de los padres y de los hijos, de los grandes y de los pequeños, de los dueños y de los servidores, semejante a aquella levadura que la mujer de la parábola evangélica mezcla con las tres medidas de harina para hacer fermentar toda la masa. Lejos, pues, de ver en la Entronización nada que se parezca, ni por sueno, a una novedad peligrosa, veo en ella, al contrario, todo lo que es propio para interesar, en el más alto grado, el celo de las almas verdaderamente poseídas del amor a Nuestro Señor.

III. REALIZACIÓN DE LOS DESEOS DEL SAGRADO CORAZÓN

Veo en ella, en primer lugar, un medio sencillo y práctico para realizar los divinos anhelos manifestados a Santa Margarita María. Según lo decís, reverendo Padre, Nuestro Señor ha pedido a la Santa que su Corazón fuera objeto, en las familias, de un culto especial. ¿Quién no recuerda esas dos promesas que suenan tan gratamente entre las otras que hizo a su sierva: «Haré reinar la paz en las familias. Bendeciré las casas en que sea expuesta y honrada la imagen de mi Sagrado Corazón»? De ahí esa ceremonia que ponéis al frente de vuestro programa, y que sin duda alguna os habrá sido inspirada también por el ejemplo de la primera fiesta, íntima toda ella, espontáneamente organizada por las novicias del Monasterio de Paray-le-Monial el día onomástico de su santa maestra, 20 de julio de 1685, en honor del Divino Corazón. Hay que leer en la historia de la Santa la descripción de aquella que a buen seguro fue la primera *entronización*, y que se hizo a puerta cerrada en el recinto reservado del noviciado; hay que oír especialmente la expresión de la alegría que inundó entonces el alma de Margarita María (1).

¿Tendría ella en aquel instante el presentimiento de que en ese grano de mostaza estaba encerrado el árbol gigante, en cuyas ramas, desde hace tres siglos, acuden las aves del cielo a buscar albergue? No lo sé; pero lo que bien sé es que si el libro del porvenir se hubiera abierto ante su mirada, y en él la página que se titula *Entronización del Sagrado Corazón en los hogares*, hubiera reconocido en esta Obra la extensión del gesto tan graciosamente ensayado por sus queridas novicias, y habría vislumbrado en ella el verdadero cumplimiento de los augustos anhelos, cuya confianza había recibido.

(1) *Vida y obras*, t. II, págs. 103-10-I.

IV. SANTIFICACIÓN DE LA FAMILIA Y DE LA SOCIEDAD

En segundo lugar, veo en nuestra Obra el medio apropiado para la santificación de la familia, y por ella, de la sociedad entera. Digo el más apropiado, porque es norma que las cosas crezcan y se desarrollen por los mismos principios que les han dado origen. Pues bien, ¿qué vemos en el origen de la familia, quiero decir de la familia cristiana, de la familia regenerada por la gracia de la Redención?

¿No es, acaso, el misterio de la unión de Jesucristo con la Iglesia, unión cuyo signo inviolable y sagrado es, por divina institución, el sacramento del matrimonio? Y en este mismo misterio de la unión de Cristo con la Iglesia, qué es sino el misterio del Sagrado Corazón, abierto en la Cruz para la creación de la Iglesia, del propio modo que había sido abierto, en el paraíso terrenal, el costado del primer Adán para la creación de la primera Eva? *Propter hoc prima mulier facta est de latere viri dormientis, et appellata est vita materque vivorum. Magnum quippe significavit bonum ante magnum praevaricationis malum. Hic secundus Adam, inclinatus, capite, in cruce dormivit ut inde formaretur et conflux, quae de latere dormientis e fluxit.*

«Consideramos en espíritu —dice nuestro gran Bossuet.— a la esposa misteriosa, es decir, la Santa Iglesia, sacada y como arrancada del sagrado costado del nuevo Adán durante su éxtasis —el éxtasis de la muerte—, y formada, digámoslo así, por esta herida mística, esposa, cuya consistencia toda está en los huesos y en la carne de Jesucristo, que se la incorporó por el misterio de la Encarnación y por el que es una admirable extensión de éste, la Eucaristía. Él lo deja todo para unirse con ella;

deja en alguna manera al Padre que tenía en el cielo, y a su madre la Sinagoga, de donde traía su origen, según la carne, para adherirse a su esposa, elegida entre los gentiles. Esta esposa somos nosotros, nosotros los que vivimos de los huesos y de la carne de Jesucristo, por los dos grandes misterios que acabamos de mentar. Nosotros somos, según dice San Pedro, *este edificio espiritual y el templo vivo del Señor* (1), edificado en espíritu desde el tiempo de Eva, nuestra madre, y desde el origen del mundo.»

Tal es, pues, la unión de Jesucristo con la Iglesia salida de su Sagrado Corazón traspasado en la Cruz; unión, repito, que tiene por divina institución, en el sacramento del matrimonio, su signo augusto e inviolable: *Sacramentum hoc magnum est*, dice el apóstol, *ego autem dico in Christo et in Ecclesia* (2). Pero no ya un signo vacío y hueco como lo eran las figuras del Testamento antiguo, sino ennoblecido ahora con todas las prerrogativas del Testamento nuevo, y enriquecido con la misma riqueza de la realidad ya cumplida, y lleno y como desbordante de la gracia del inefable misterio que representa. De suerte que, por medio del gran Sacramento que está en su base, la familia cristiana se nos presenta como arraigada en las mismas profundidades del Corazón divino en que la misma Iglesia recibió la vida.

Y siendo esto así, ¿dónde estará la devoción al Corazón de Jesús en lugar mejor que en la familia cristiana? ¿Dónde tendrá ella un medio ambiente y, si me atrevo a decir, un terreno de cultivo más apropiado? Y por encima de todo, ¿dónde se encontrará un medio más connatural (disculpádmeme este barbarismo) de *sobrenaturalizar* la familia y levantarla a la altura del ideal deseado por Jesucristo? Pero releamos lo que escribe San Pablo a los Efesios: «Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a su Iglesia y se sacrificó por ella para santificarla (3). Así es como los maridos deben amar a su mujer, a sí mismo se ama. Y, ciertamente, nadie aborreció jamás a su propia carne; antes bien, la sustenta y la cuida, así como también Cristo a la Iglesia, porque nosotros —que la componemos— somos miembros de su cuerpo, formados de su carne y de sus huesos. Por eso está escrito: Dejará el hombre a su padre y a su madre para unirse con su esposa, y serán los dos una carne. Grande es este misterio, quiero decir con respecto a Cristo y a la Iglesia. Cada uno, pues, de vosotros ame a su mujer como a sí mismo, y que la mujer reverencie a su marido. Hijos, obedeced a vuestros padres, en el Señor, por-que esto es justo...

Y vosotros, padres, no exasperéis a vuestros hijos, pero educadlos corrigiéndolos e instruyéndolos según el Señor... Servidores, obedeced, a vuestros dueños con respeto, en la sencillez de vuestro corazón, como al mismo Cristo. Servidlos con afecto, como sirviendo al Señor y no a hombres, seguros de que cada cual, sea esclavo o sea libre, recibirá del Señor el premio de todo lo bueno que hubiere hecho. Y vosotros, señores, haced otro tanto con ellos, y excusad las amenazas, sabiendo que el Señor de ellos y vuestro está en los cielos y que no hay en él acepción de personas.»

Ahora bien, ¿no os parece, reverendo Padre, que ésta es la descripción de un interior de familia donde se hubiera entronizado al Sagrado Corazón? A mí me parece —quiero haceros esta confidencia— que habéis sido prevenido por San Pablo; y aún me parece cosa más grave: que hay en vuestra iniciativa algo que semeja bastante lo que, en lenguaje común, se llama un plagio al Apóstol de las gentes.

(1) 1.3 Yetr., II, 5. (2) I,I., tir, 32. (3) Ef., 'V, 25.

V. REPARACIÓN PÚBLICA

Finalmente, vuestra Obra, según lo indica su mismo nombre, será un homenaje de desagravio por el desconocimiento general de los soberanos derechos de Nuestro Señor Jesucristo.

He dicho según lo indica su nombre, aunque no ignoro que se ha querido hacer de ese mismo nombre un arma contra vos; pero también y con toda evidencia, que todas las razones alegadas carecen absolutamente de valor.

Una sola quizá podría ofrecer alguna remota apariencia de dificultad, y es la que consiste en decir que la Sagrada Congregación de Ritos, habiendo reprobado la *coronación* de la imagen del Sagrado Corazón, ha reprobado también, por esto mismo, su *entronización*. Pero vamos despacio: esto es plantear la cuestión en forma poco exacta, puesto que coronación y entronización no son idénticas: Si, es cierto, que no nos toca coronar a Jesucristo, quien no es Rey por nuestra venia ni por nuestra voluntad, sino, antes bien, por derecho de conquista y de redención, pero

nos tocará a lo menos, me figuro, reconocer su realeza divina, afirmarla altamente a la faz del mundo, defenderla contra los que la niegan; y esto es, ni más ni menos, lo que se hace en la entronización, al colocar su imagen en el lugar de honor, en el lugar soberano, en el primer lugar.

A más de esto, vemos en el Evangelio que, después de la multiplicación de los panes, sabiendo Jesús que iban a venir para coronarlo rey, huyó a ocultarse solo en la montaña (2), mientras que, al contrario, no se resistió cuando en el día de hamos le entronizaron. «Trajeron —dicen los Evangelistas— el asno y el pollino (el asno de Oriente, cabalgadura (le los antiguos reyes de Israel), lo cubrieron con sus mantos, y en él hizo Jesús su entrada triunfal en Jerusalén. Y la numerosa muchedumbre tendía sus mantos en el camino; y otros cortaban ramas de árboles y alfombraban con ellas el camino. Y toda aquella multitud, delante y detrás de Jesús, clamaba: ¡Hosanna al hijo de David! ¡Bendito sea el que viene en nombre del Señor, el Rey de Israel!» (2).

(1) Juan, VI. 13.

(2) Mat, XXI, 7, 9; Marc., XI, 7, 10; Luc., XIX, 35, 38; Juan, XII, 12, 16.

VI. NO ES CORONACIÓN

Que no se hable, pues, más de coronación de la imagen del Sagrado Corazón, que por lo demás no tendría, notémoslo de paso, nada de común con las coronaciones que se hacen en ciertos casos de Vírgenes célebres por el número y el esplendor de los prodigios, como en Lourdes, en Nuestra Señora de las Victorias y en tantos otros santuarios. Porque entonces no es la imagen de la Virgen como tal la que se pretende coronar, sino, lo que es muy distinto, una imagen en cuanto es milagrosa, en cuanto se distingue de las otras imágenes por una especial manifestación del poder y la bondad de aquella que es allí representada. Y en esas condiciones, el acto de la coronación no se dirige ya directamente a la Virgen en su imagen, sino más bien a la misma imagen en que la Virgen se complace en hacerse invocar perfectamente y honrar.

Pero la cuestión movida tocante a la coronación de la imagen del Sagrado Corazón no entraba para nada en el marco del caso especial que acabo de recordar. Nada de

extraño entonces es que haya sido descartada, o aun, si queréis, reprobada. Por última vez, no hablemos más de eso; pero hablemos, sí, de la *Entronización*; hablemos de la que os habéis hecho, reverendo Padre, el iniciador y el apóstol. Opongámosla a los que dicen: *Nolumus hurte refinare super nos* ⁽¹⁾. En los hogares es donde deberá pronunciarse primero el enérgico y vigoroso *volumus*, que será la respuesta al grito de odio del infierno, conjurado más que nunca contra Jesucristo. nos tocará a lo menos, me figuro, reconocer su realeza divina, afirmarla altamente a la faz del mundo, defenderla contra los que la niegan; y esto es, ni más ni menos, lo que se hace en la entronización, al colocar su imagen en el lugar de honor, en el lugar soberano, en el primer lugar.

Sólo me resta, reverendo Padre, ofreceros, junto con mis más calurosas felicitaciones y mis votos más ardientes por el feliz éxito de vuestra empresa, el homenaje de los sentimientos de profundo y religioso respeto, con los cuales tengo el agrado de suscribirme de vuestra Reverencia muy humilde y adicto servidor.

L. BILLOT, S. J.

N. B.—Las palabras subrayadas lo fueron por el Eminentísimo Cardenal Billot. Sólo hemos introducido la división en párrafos.

(1) Luc., XI X, 14.